

Controversia entre el Gobierno prusiano y el papado.— Es un combate entre la Iglesia y el Estado por la supremacía.—Efecto del doble Gobierno en Europa. —Cómo declara el Concilio del Vaticano su posición para con la ciencia.—Constitución dogmática de la fe católica.—Sus definiciones respecto de Dios, la Revelación, la Fe y la Razón.—Sus anatemas.—Su denuncia de la civilización moderna.	
La Alianza Evangélica protestante y sus actos.	
Revista general de las definiciones y actos procedentes. —Condición presente de la controversia y su aspecto futuro. . . . .	275

## HISTORIA DE LOS CONFLICTOS

ENTRE

## LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

## CAPÍTULO PRIMERO

## Origen de la ciencia.

Condición religiosa de los griegos en el siglo iv antes de J. C.—Su invasión en el imperio persa los pone en contacto con nuevos aspectos de la naturaleza y los familiariza con nuevos sistemas religiosos.—La actividad militar, mecánica y científica, estimulada por las campañas macedónicas, da origen al establecimiento de un instituto en Alejandría, el Museo, para el cultivo de los conocimientos por el experimento, la observación y la discusión matemática.—Es el origen de la ciencia.

Ningún espectáculo puede presentarse á un espíritu pensador más solemne, más triste, que el de una antigua religión moribunda, después de haber prestado sus consuelos á muchas generaciones.

Cuatro siglos antes del nacimiento de Cristo iba la Grecia abandonando rápidamente su antigua fe. Sus filósofos, al estudiar el mundo, habían sido profundamente impresionados por el contraste que existía entre la majestad de las operaciones de la naturaleza y la falta de dignidad de las divinidades del Olimpo.

Sus historiadores, considerando el ordenado curso de los negocios políticos, la manifiesta uniformidad de los actos del hombre, y que no ocurría nada ante sus ojos cuya causa no hallasen con facilidad en algún hecho pre-

cedente, empezaron á sospechar que los milagros y la celeste intervención, de que estaban llenos sus antiguos anales, eran puras ficciones. Preguntaron, cuando pasó el tiempo de lo sobrenatural, por qué habían enmudecido los oráculos y por qué no tenían ya lugar más prodigios en el mundo.

Tradiciones derivadas de una inmemorial antigüedad y aceptadas primero por hombres piadosos como verdades indiscutibles, habían llenado las islas del Mediterráneo y los lugares comarcanos de maravillas sobrenaturales: encantadores, magos, gigantes, ogros, arpías, gorgonas, centáuros y cíclopes. La bóveda azulada era el pavimento del cielo; allí Zeus, rodeado de dioses, con sus esposas y concubinas, tenía su corte, ocupado en empresas análogas á las de los hombres, y no retrocediendo ante actos de pasiones humanas ni criminales.

Una costa accidentada por numerosos senos, un archipiélago formado por algunas de las más hermosas islas del mundo, inspiraron á los griegos el gusto de la vida marítima, de los descubrimientos geográficos y de la colonización. Sus bajeles surcaban el mar Negro y el Mediterráneo en todas direcciones. Las en un tiempo veneradas maravillas que habían sido glorificadas en la *Odisea* y consagradas por la fe pública, se vieron desaparecer. Como se adquirió mayor conocimiento de la naturaleza, se vió que el cielo era una ilusión, que el Olimpo no existía, y que sobre nuestras cabezas sólo se extendían el espacio y las estrellas. Al desvanecerse la morada, desaparecieron los dioses, así los del tipo jónico de Homero como los del dórico de Hesiodo.

Mas esto no tuvo lugar sin resistencia. Al principio el público, y en particular su parte religiosa, acusó de ateísmo las dudas que se elevaban; despojaron de sus bienes á algunos de estos ofensores; otros fueron desterrados, y varios condenados á muerte. Decían que lo que había sido creído por los hombres piadosos de los antiguos tiempos y había pasado por la piedra de toque de las edades, tenía que ser necesariamente cierto.

Más tarde, cuando las ideas opuestas se hicieron irresistibles, se contentaron con admitir que estas mara-

villas eran alegorías, bajo las cuales la sabiduría de los antiguos había ocultado sagrados y grandes misterios. Intentaron poner de acuerdo lo que empezaban á temer que podría no ser sino mitos, con el creciente adelanto intelectual, pero sus esfuerzos fueron vanos, porque hay fases predestinadas, por las que en tales casos ha de pasar la opinión pública; acepta con veneración; disiente más tarde, y concluye por abandonarlo todo como una mera fábula.

En este apartamiento fueron los filósofos é historiadores seguidos por los poetas: Eurípides incurrió en el odio de herejía; Esquilo se libertó difícilmente de morir lapidado, por blasfemo. Pero los esfuerzos frenéticos de los interesados en sostener el engaño, concluyen siempre derrotados; la desmoralización se extiende sin resistencia por las diversas ramas de la literatura, hasta que al fin llega al común de las gentes.

El criticismo filosófico de los griegos había prestado su concurso á los descubrimientos científicos en esta destrucción de la fe patria; mantuvo con poderosos argumentos el torrente de la incredulidad; comparó unas con otras las doctrinas de las diferentes escuelas, y mostró por sus contradicciones que el hombre no tiene criterio de la verdad; que, puesto que sus ideas sobre el bien y el mal difieren según los lugares de su residencia, hay que deducir que no tienen fundamento en la naturaleza, y que son resultado de la educación; que lo justo y lo injusto eran sólo ficciones que correspondían á ciertos fines de la sociedad. En Atenas, algunas de las clases más avanzadas habían ido tan adelante, que no solamente negaban lo invisible y sobrenatural, sino que llegaban á afirmar que el mundo era un simple sueño, un fantasma, y que nada real existía.

La configuración topográfica de Grecia dió carácter á su condición política, por dividir la población en distintas comunidades con intereses opuestos, impidiendo así toda centralización; guerras domésticas incesantes entre los Estados rivales, detuvieron su progreso; era pobre, y sus jefes se habían corrompido, estando siempre dispuestos á cambiar los intereses del país por el oro extranjero.

y á venderse ellos mismos al soborno persa. Poseyendo una percepción de la belleza en tan alto grado como lo manifiestan su escultura y su arquitectura, nunca alcanzado antes ni después por otro pueblo, la Grecia había perdido la apreciación práctica del bien y la verdad.

Mientras la Grecia europea, llena de ideas de libertad é independencia, rechazaba la soberanía de la Persia, la Grecia asiática la aceptó sin repugnancia; en este tiempo la extensión del imperio persa era igual á la mitad de la Europa moderna. Confinaba con el Mediterráneo, los mares Egeo, Negro, Caspio, Indico, Pérsico y Rojo; seis de los mayores ríos del mundo, de un curso de más de mil millas, tales como el Eufrates, el Tigris, el Indo, el Yaxarte, el Oxo y el Nilo, cruzaban su territorio; su superficie crecía desde 1.300 piés bajo el nivel del mar hasta 20.000 piés encima; sus campos producían toda clase de frutos, y su riqueza minera era ilimitada. Heredó el prestigio del imperio caldeo, del babilónico, del médico y del asirio, cuyos anales contaban más de veinte siglos.

La Persia había tenido siempre como de poca importancia política á la Grecia europea, que apenas ocupaba tanto como una satrapía, pero las expediciones que emprendió para subyugarla le mostraron las condiciones militares de este pueblo; entre sus fuerzas, había griegos mercenarios, que eran reputados como las mejores tropas, y no vacilaba en ocasiones en dar el mando de sus ejércitos á generales griegos y el de sus escuadras á capitanes de esta nación; en las convulsiones políticas por que fué pasando, tomaron parte los soldados griegos, ya por uno, ya por otro de los jefes, y estas operaciones militares, que en un momento obtuvieron resultado, revelaron á la perspicacia de estos guerreros mercenarios la debilidad política del Imperio y la posibilidad de llegar á su centro. Después de la muerte de Ciro en el campo de batalla de Cunaxa, se demostró, por la inmortal retirada de los 10.000, bajo Jenofonte, que un ejército griego podría abrirse paso hasta el corazón de la Persia.

Aquel respeto á las dotes militares de los generales asiáticos, tan profundamente impreso en el ánimo de los griegos por las grandes empresas del puente sobre el He-

lesponto, y la cortadura del istmo del monte Athos por Jerjes, se había perdido en Salamina, en Platea, en Micala, y el saqueo de las ricas provincias persas había llegado á ser una tentación irresistible. Tal fué la expedición de Agesilao, rey de Esparta, cuyos brillantes triunfos fueron, no obstante, interrumpidos por el Gobierno persa, que, volviendo á su experimentada política, atacó á Esparta sobornando á sus vecinos: «He sido conquistado por 30.000 arqueros persas» exclamaba amargamente Agesilao al reembarcarse, aludiendo á la moneda persa el *dárico* que tiene grabada la imagen de un arquero.

Al cabo Filipo, rey de Macedonia, proyectó renovar estas tentativas bajo una organización mucho más formidable, y con más grandioso propósito; intrigó para ser nombrado capitán general de toda la Grecia, no con objeto de hacer una mera correría en las satrapías asiáticas, sino con el de derribar la dinastía persa en el mismo centro de su poder. Asesinado en medio de sus preparativos, le sucedió su hijo Alejandro, joven entonces, y que fué unánimemente aclamado en una asamblea general celebrada por los griegos en Corinto; ocurrieron disturbios en Iliria, y Alejandro marchó con su ejército hacia el Norte, hasta el Danubio, para apaciguarlos; durante su ausencia, los tebanos y otros conspiraron contra él, y á su vuelta tomó Tebas por asalto, degolló 6.000 de sus habitantes, vendió como esclavos 30.000, y arrasó la ciudad. La sabiduría militar de este severo castigo fué patente en sus campañas asiáticas, pues, ninguna revuelta se produjo á su retaguardia.

En la primavera de 334 antes de J. C., cruzó el Helesponto y pasó al Asia; su ejército constaba de 34.000 infantes y 4.000 caballos, sin llevar consigo más de 70 talentos en dinero. Marchó directamente sobre el ejército persa, que, por todo extremo superior en número, le aguardaba en la línea del Gránico; forzó el paso del río, derrotó al enemigo, y obtuvo como fruto de su victoria la posesión del Asia menor y todos sus tesoros. El resto de aquel año lo empleó en la organización militar de las provincias conquistadas. Mientras tanto, Darío, el rey persa, había avanzado con un ejército de 600.000 hom-

bres, para impedir el paso de los macedonios á la Siria; en los desfiladeros de Isso se libró la batalla, y los persas fueron de nuevo derrotados, siendo tan grande la carnicería, que Alejandro y Ptolemeo, uno de sus generales, atravesaron un barranco sobre los cadáveres del enemigo; se cree que los persas perdieron más de 90.000 infantes y 10.000 jinetes. El pabellón real cayó en poder del conquistador, juntamente con la esposa y varios hijos de Darío. La Siria fué de este modo añadida á las conquistas griegas. En Damasco se encontraron las concubinas de Darío, sus principales oficiales y un vasto tesoro.

Antes de aventurarse en las llanuras de la Mesopotamia para un combate decisivo, quiso Alejandro asegurar su retaguardia y sus comunicaciones por mar, dirigiéndose al Sur por la costa del Mediterráneo y sometiendo las ciudades á su paso. En su discurso ante el Consejo de guerra celebrado después de la batalla de Isso, dijo que no debía perseguirse á Darío sin haber sometido á Tiro y haber arrebatado á la Persia el Egipto y Chipre, puesto que si la Persia conservaba los puertos de mar, podría llevar la guerra á la misma Grecia, y que era por tanto de absoluta necesidad para ellos la soberanía del mar; con Chipre y Egipto en su poder no temía por la Grecia. El sitio de Tiro le invirtió más de medio año, y para vengarse de esta dilación, hizo crucificar más de 2.000 prisioneros; Jesuralem se rindió de grado, y en consecuencia fué tratada con benignidad; mas el paso de los macedonios hacia el Egipto fué detenido en Gaza, cuyo gobernador persa, Betis, hizo una defensa obstinada durante dos meses, siendo al fin asaltada la plaza, pasados á cuchillo 10.000 hombres, y el resto, con sus mujeres é hijos, reducidos á cautiverio; el mismo Betis fué arrastrado vivo alrededor de la ciudad, atado á las ruedas del carro del vencedor. Habían así desaparecido los obstáculos: los egipcios, que odiaban la dominación persa, recibieron al invasor con los brazos abiertos; éste organizó el país según sus propios intereses, dando todos los mandos militares á oficiales macedonios y dejando el gobierno civil en manos de los egipcios.

Mientras se efectuaban los preparativos para la campaña final, emprendió un viaje al templo de Júpiter Ammón, que estaba situado en un oasis del desierto de Libia, á una distancia de doscientas millas. El oráculo le declaró hijo de aquel dios, que bajo la forma de una serpiente había seducido á su madre Olimpia; una concepción inmaculada y una genealogía divina eran cosa tan corriente y bien recibida en aquel tiempo, que cualquiera que se distinguía entre los demás hombres, era tenido como de un linaje sobrenatural. Aun en Roma, algunos siglos más tarde, no se hubiera podido negar sin peligro que su fundador Rómulo no debía la existencia al casual encuentro del dios Marte con la virgen Rea Silvia, cuando iba ésta con su cántaro por agua á la fuente.

Los discípulos egipcios de Platón hubieran mirado con enojo á quien quiera que hubiese rechazado que Perictione, la madre del gran filósofo, virgen pura, había tenido una concepción inmaculada por la influencia de Apolo, y que el dios había declarado á Ariston, á quien había sido prometida, la progenie del niño. Cuando Alejandro expedía sus cartas, órdenes y decretos, se titulaba, pues: «Alejandro, rey, hijo de Júpiter Ammón», inspirando así un respeto á los habitantes de Egipto y Siria, que difícilmente podría lograrse ahora. Los libre-pensadores griegos, sin embargo, daban á este origen sobrenatural su verdadero valor, y Olimpia que, por supuesto, conocía mejor que nadie los detalles del caso, acostumbraba chancearse, diciendo que deseaba que Alejandro cesase de confundirla con la mujer de Júpiter. Arriano, el historiador de la expedición macedónica, hace notar que, «yo no puedo condenarle por inducir á sus súbditos en la creencia de su origen divino, ni puedo deducir tampoco ningún gran crimen, porque es muy razonable imaginar que sólo intentó por este medio rodearse de mayor prestigio entre sus soldados».

Asegurado todo en su retaguardia, volvió Alejandro á Siria y dirigió hacia el Este la marcha de su ejército, que constaba entonces de cincuenta mil veteranos. Después de cruzar el Eufrates se mantuvo próximo á las colinas de Masia, para evitar el intenso calor de las más

meridionales llanuras de la Mesopotamia, procurándose de este modo forraje más abundante para los caballos. En la orilla izquierda del Tigris, cerca de Arbela, encontró al gran ejército de un millón cien mil hombres, que había traído Darío desde Babilonia. La muerte del monarca persa, que siguió pronto á su derrota, dejó al general macedonio dueño de todo el país comprendido entre el Danubio y el Indo, y aun alguna vez se extendió hasta el Ganges. Los tesoros de que se apoderó exceden á todo encarecimiento; tan sólo en Susa encontró, según dice Arriano, cincuenta mil talentos en dinero.

El militar moderno no puede contemplar estas campañas maravillosas sin admiración; el paso del Helesponto, el del Gránico, el invierno invertido en la organización política del Asia Menor; la marcha del ala derecha y el centro del ejército á lo largo de la costa del Mediterráneo en la Siria; las dificultades de fortificación vencidas en el sitio de Tiro; la toma de Gaza; el aislamiento de Persia de la Grecia; la absoluta exclusión de su escuadra del Mediterráneo; la represión de cuanta intriga se imaginó para sobornar á los atenienses y espartanos, y que con tanto éxito habían empleado siempre los persas; la sumisión de Egipto; otro invierno invertido en la organización política de este país venerable; el movimiento convergente de todo el ejército, desde las orillas de los mares Rojo y Negro á las salitrosas llanuras de la Mesopotamia, efectuado en la primavera siguiente; el paso del Eufrates, con sus orillas pobladas de sauces llorones, por el cortado puente de Tapsaco; el del Tigris; el reconocimiento nocturno antes de la grande y memorable batalla de Arbela; el movimiento oblicuo y ataque del centro enemigo, maniobra repetida muchos siglos después en Austerlitz; la enérgica persecución del monarca persa, empresas son que jamás han sido sobrepujadas por ningún capitán de tiempos posteriores.

Esto dió un poderoso estímulo á la actividad intelectual de los griegos; habían caminado con el ejército macedonio desde el Danubio hasta el Nilo, desde el Nilo hasta el Ganges; habían sentido el soplo boreal de las comarcas situadas al Norte del mar Negro, y el simoun y

las tempestades de arena de los desiertos egipcios; habían visto las Pirámides, levantadas ya hacia veinte siglos, y los obeliscos de Luqsor cubiertos de jeroglíficos; avenidas de silenciosas y misteriosas esfinges, estatuas colosales de monarcas que habían reinado en la aurora del mundo. En las salas de Esar-Haddon se habían detenido ante los tronos de los severos y antiguos reyes de Asiria, guardados por toros alados. En Babilonia aún quedaban en pie muros de más de sesenta millas de recinto y ochenta piés de alto, á pesar de las injurias de tres siglos y de tres conquistadores; todavía se contemplaban las ruinas del templo de Belo circundado de nubes, y en cuya cúspide estaba situado el observatorio donde los astrónomos caldeos habían estado en comunicación nocturna con las estrellas; todavía se conservaban vestigios de los dos palacios con sus pensiles colgantes, en los que crecían árboles corpulentos como suspendidos en el aire, y los restos de la máquina hidráulica que servía para elevar hasta ellos el agua del río; el lago artificial con su vasto sistema de acueductos y esclusas que recogían la nieve derretida de las montañas de Armenia, y la conducían á través de la ciudad entre los muelles del Eufrates, y lo más maravilloso quizás, el túnel bajo el río.

Si Caldea, Asiria y Babilonia presentaban estupendas y venerables antigüedades que se remontaban á la noche de los tiempos, no carecía la Persia de maravillas más recientes. Las salas de pilastras de Persépolis estaban llenas de milagros de arte, tallas, esculturas, esmaltes, armarios de alabastro, obeliscos, esfinges, toros colosales. Ecbatana, la deliciosa residencia de verano de los reyes de Persia, estaba protegida por siete muros circulares de pulida y cortada piedra, elevándose sucesivamente los interiores, y de colores distintos, en relación astrológica con los siete planetas; el palacio estaba techado con tejas de plata y sus vigas cubiertas de planchas de oro. A media noche se iluminaban sus salones con infinitas antorchas de nafta, que rivalizaban con la luz del sol; un paraíso, supremo lujo de los monarcas orientales, se hallaba plantado en medio de la ciudad, y el im-

perio persa del Helesponto al Indo era en verdad el jardín del mundo.

He dedicado algunas páginas á la historia de estas maravillosas campañas, porque el talento militar que alimentaron contribuyó al establecimiento de las escuelas prácticas y matemáticas de Alejandria, verdadero origen de la ciencia; podemos decir que todos nuestros conocimientos exactos parten de las campañas macedónicas. Humboldt ha hecho notar que el espectáculo de nuevos y grandes objetos de la naturaleza engrandece el espíritu humano; los soldados de Alejandro y la muchedumbre que seguía su campo hallaban en cada marcha escenas pintorescas é inesperadas. De todos los hombres, los griegos eran los más observadores, y los más rápida y profundamente impresionables; aquí encontraron interminables arenales, allá montañas cuyas crestas se perdían entre vapores, el espejismo en los desiertos, en las colinas las rápidas sombras producidas por la incierta marcha de las nubes; visitaron la tierra de las ambarinas palmeras, de los cipreses, del tamarindo, los verdes mirtos y las adelfas. En Arbela combatieron contra los elefantes de la India, y en las espesuras del Caspio arrancaron de sus madrigueras al tigre real cauteloso; vieron animales que, comparados con los de Europa, eran no sólo raros, sino colosales; el rinoceronte, el hipopótamo, el camello y los cocodrilos del Nilo y el Ganges; hallaron hombres de varios colores y costumbres, el tostado sirio, el amarillento persa, el negro africano. Se cuenta de Alejandro, que en su lecho de muerte hizo llamar á su almirante Nearco, y sentándolo á su lado, halló consuelo en oír las aventuras de este marino, la historia de su viaje del Indo al golfo Pérsico. El conquistador vió con asombro el flujo y reflujo de la marea, é hizo construir bajeles para la exploración del Caspio, que suponía ser, así como el mar Negro, golfos de algún gran oceano, como había descubierto Nearco que lo eran el mar Rojo y el golfo Pérsico. Había formado la resolución de que su escuadra intentara la circunnavegación del África y entrase en el Mediterráneo por las columnas de Hércules, empresa ya efectuada, según se decía, por los Faraones.

No sólo sus más grandes capitanes, sino también sus más grandes filósofos, hallaron en el imperio conquistado mucho que debía excitar la admiración de la Grecia. Calistenes obtuvo en Babilonia una serie de observaciones astronómicas de los caldeos, que se remontaban á 1.903 años, y que remitió á Aristóteles; quizás estando grabadas sobre ladrillos cocidos pudieran obtenerse copias de ellas por las excavaciones modernas en las bibliotecas de barro de los reyes de Asiria. Ptolemeo, el astrónomo egipcio, poseía memorias babilónicas de eclipses acaecidos 747 años antes de nuestra era; largas y continuadas observaciones de bastante exactitud fueron necesarias, antes que algunos de estos resultados astronómicos que han llegado hasta nosotros hubieran podido ser afirmados con certeza. Así, pues, los babilonios habían fijado la duración del año trópico con veinticinco segundos de error; su aproximación del año sidereo era simplemente de dos minutos de exceso; descubrieron la precesión de los equinoccios; conocieron las causas de los eclipses, y con ayuda del ciclo llamado de Saros, podían predecirlos. El valor de este ciclo, que es superior á 6.585 días, lo determinaron con una aproximación de diecinueve y medio minutos.

Tales hechos suministran pruebas incontrovertibles de la paciencia y habilidad con que había sido cultivada la astronomía en la Mesopotamia, y que no obstante lo impropio de sus medios instrumentales, había alcanzado una considerable perfección. Estos antiguos observadores habían formado un catálogo de estrellas y dividido el Zodiaco en doce signos, el día en doce horas y en otras tantas la noche. Se habían consagrado por largo tiempo, según cuenta Aristóteles, á observar ocultaciones de estrellas por la luna, tenían ideas exactas sobre la estructura del sistema solar y conocían el orden de colocación de los planetas, construían cuadrantes solares, clepsidras, astrolabios y gnómones.

No dejan hoy mismo de interesarnos los ejemplares de su método de imprimir; sobre un cilindro giratorio grababan en caracteres cuneiformes sus anales, y rodándolos sobre barro blando cortado en bloques, obtenían prue-

bas indelebles. De estas bibliotecas de tejas bien podemos esperar que aún obtendremos amplios frutos de literatura é historia. No carecían de algunos conocimientos de óptica; las lentes convexas encontradas en Nimrod nos demuestran que les eran conocidos los instrumentos de amplificación. En aritmética habían descubierto el valor de posición de los dígitos, aunque no alcanzaron la gran invención india de las cifras.

¡Qué espectáculo para los conquistadores griegos que hasta entonces nada habían observado ni experimentado! Se habían satisfecho con la simple meditación y especulaciones inútiles.

Pero el desarrollo intelectual de los griegos, debido en parte á un sentido más amplio de la naturaleza, fué poderosamente favorecido por el conocimiento que adquirieron de las religiones de los países conquistados. La idolatría de Grecia había sido siempre mirada con horror por los persas, quienes, en sus invasiones, no habían nunca dejado de destruir los templos y de insultar sus brutales dioses. La impunidad de estos sacrilegios había causado profunda impresión y socavado no poco la fe helénica. Pero así, la adoración de las viles divinidades del Olimpo, cuyas obscenas vidas eran repulsivas á todo hombre devoto, fué puesta en contacto con un sistema religioso, grande, solemne, consistente, fundado sobre bases filosóficas. La Persia, como todos los imperios duraderos, había pasado por varios cambios religiosos. Había seguido el monoteísmo de Zoroastro, luego el dualismo, y más tarde el magismo; en tiempo de la expedición macedónica reconocía una inteligencia universal, creadora, guarda y gobierno de todas las cosas, la más santa esencia de la verdad y fuente de todo bien; no estaba representada por ninguna imagen ni forma grabada, y así como en toda cosa terrena vemos la resultante de dos fuerzas contrarias, así bajo aquélla existían dos principios coeternos é iguales, representados por la imagen de la luz y las tinieblas; estos principios se hallan en interminable conflicto, el mundo es su campo de batalla, el hombre su presa.

En las antiguas leyendas del dualismo se decía que el

espíritu del mal envió una serpiente para destruir el paraíso que había formado el buen espíritu; estas leyendas fueron conocidas por los judíos durante su cautividad en Babilonia.

La existencia de un principio del mal es el incidente necesario de la existencia de un principio del bien, como la sombra es el incidente necesario de la presencia de la luz. De esta manera puede explicarse el mal en un mundo cuyo hacedor y legislador es el supremo bien. Cada uno de estos principios personificados, de la luz y las tinieblas, Oromazes y Arimanes tenían sus subordinados, ángeles, consejeros y ejércitos; es deber de todo hombre bueno cultivar la verdad, la pureza y la industria. Puede contemplar ante sí, cuando su vida declina, otra vida en otro mundo y esperar en la resurrección del cuerpo, la inmortalidad del alma y la conciencia de una existencia futura.

En los últimos años del Imperio, los principios del magismo habían prevalecido más y más cada vez sobre los de Zoroastro; el magismo era esencialmente un culto de los elementos; de éstos, el fuego era considerado como la más digna representación del Sér Supremo y sobre los altares erigidos, no en los templos, sino bajo la azul cúpula del cielo, ardía sin cesar: el sol naciente era mirado como el objeto más noble de la adoración humana. En la sociedad del Asia nada es visible sino el monarca: en la extensión del cielo todos los objetos se desvanecen en presencia del sol.

Atajado prematuramente Alejandro en medio de sus grandes proyectos, murió en Babilonia antes de cumplir treinta y tres años (323 antes de J. C.), y se sospechó que había sido envenenado. Su carácter se había vuelto tan indómito, sus pasiones tan feroces, que sus generales, y aun sus más íntimos amigos, vivían en continuo temor. Clito, uno de estos últimos, fué asesinado por él en un momento de furia. Calístenes, su intermediario con Aristóteles, fué ahorcado según unos, y otros que conocían los hechos, afirman de un modo positivo que sufrió el tormento y fué luego crucificado. Pudiera suceder que los conspiradores lo asesinasen, como medio de defensa

propia, pero seguramente es calumnioso asociar el nombre de Aristóteles á esta trama, y más bien hubiera sufrido cuantos tormentos le hubiese aplicado Alejandro que unirse á la perpetración de tan gran crimen.

Una escena de confusión y sangre, que duró muchos años, empezó entonces, y no cesó ni aun después que los generales macedonios hubieron dividido el Imperio. Entre sus vicisitudes hay un incidente que reclama nuestra atención. Ptolemeo, que era hijo de Filipo y de una hermosa concubina, Arsinoe, que en su juventud fué desterrado con Alejandro, cuando incurrieron en el desagrado de su padre, que había sido camarada de aquél en muchas de sus batallas y en todas sus campañas, vino á ser gobernador y luego rey de Egipto.

En el sitio de Rodas había prestado Ptolemeo tan señalados servicios á sus ciudadanos, que éstos en gratitud le tributaron los honores divinos y le saludaron con el título de Sotero (salvador). Por este dictado, Ptolemeo Sotero se distingue de sus sucesores los demás reyes de Egipto de la dinastía macedónica.

Estableció su gobierno en Alejandría y no en ninguna de las antiguas capitales del país. Cuando la expedición al templo de Júpiter Ammón, el conquistador macedonio había hecho poner la primera piedra de esta ciudad, previendo que había de ser el centro del comercio entre Asia y Europa. Debe notarse, en particular, que no solamente hizo el mismo Alejandro traer judíos de Palestina para poblar la ciudad; no sólo Ptolemeo Sotero aumentó su número hasta cien mil más después del sitio de Jerusalem, sino que Filadelfo, su sucesor, redimió de la esclavitud ciento noventa y ocho mil de ellos, pagando á sus propietarios egipcios una indemnización equivalente por cada uno. A todos estos judíos les fueron concedidos los mismos privilegios que á los macedonios, y á consecuencia de este trato considerado, gran número de sus compatriotas y sirios vinieron voluntariamente á Egipto; se les llamó judíos-helenos. Del mismo modo, seducidos por el benigno gobierno de Sotero, multitud de griegos se refugiaron en el país, y cuando las invasiones de Pérdicas y Antígono, se vió que los soldados griegos deser-

taban de los otros generales macedonios, para unirse á los ejércitos de Ptolemeo.

La población de Alejandría se formaba, por lo tanto, de tres nacionalidades distintas: 1.º, egipcios; 2.º, griegos; 3.º, judíos; hecho que ha dejado su impresión en la fe religiosa de la Europa moderna.

Los arquitectos é ingenieros griegos habían hecho de Alejandría la más hermosa ciudad del antiguo mundo. La habían cubierto de palacios, templos y teatros magníficos; en el centro, en la intersección de sus dos grandes avenidas que se cruzaban en ángulo recto y en medio de jardines, fuentes y obeliscos, se encontraba el mausoleo en que reposaba el cuerpo de Alejandro, embalsamado según la costumbre egipcia. Había sido traído con gran pompa desde Babilonia, durando dos años el fúnebre viaje. Al principio el féretro era de oro puro, pero temiendo que esto causase una violación de la tumba, fué reemplazado por otro de alabastro; pero ni esto, ni el gran fanal, Faros, construido de mármol blanco y tan elevado que el constante fuego que ardía en su cúspide era visible á muchas leguas de distancia, y contado como una de las maravillas del mundo, aunque magníficos prodigios de arquitectura no bastaran á detener nuestra atención; el verdadero y el más glorioso monumento de los reyes macedonios de Egipto, es el Museo, y su influencia subsistirá aun después de que hayan desaparecido las pirámides.

El Museo alejandrino fué empezado por Ptolemeo Sotero y completado por su hijo Ptolemeo Filadelfo; estaba situado en el Bruquion, el barrio aristocrático de la ciudad, é inmediato al palacio del Rey; edificado de mármol, rodeado de pórticos en los cuales paseaban y conversaban los habitantes, sus esculpidas salas contenían la biblioteca de Filadelfo, y fueron adornadas con multitud de escogidísimas estatuas y pinturas. Esta biblioteca llegó á contener cuatrocientos mil volúmenes, y con el transcurso del tiempo hubo de enriquecerse, careciendo probablemente de capacidad adecuada para tantos libros, y entonces se estableció una biblioteca adicional en el barrio adyacente de Rhacotis, en el Serápeo ó templo de